

# NOE CASADO

## QUIERO LO MISMO QUE TÚ



LA NOVELA  
ERÓTICA MÁS  
GAMBERRA

*Quiero  
lo mismo que tú*

Noe Casado

Esencia/Planeta

© Noemí Ordóñez Casado, 2014  
© Editorial Planeta, S. A., 2014  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
[www.esenciaeditorial.com](http://www.esenciaeditorial.com)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

© Imagen de la cubierta: © Shutterstock  
© Fotografía de la autora: © Archivo de la autora

Primera edición: noviembre de 2014  
ISBN: 978-84-08-13311-7  
Depósito legal: B. 21.425-2014  
Composición: Víctor Igual, S. L.  
Impresión y encuadernación: Egedsa  
*Printed in Spain* - Impreso en España

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



No era el mejor de los días para subirse a la báscula.

Especialmente porque llevaba algo más de tres meses subsistiendo a base de comida basura o con cualquier precocinado de supermercado que en dos minutos se calienta en el microondas. ¿Para qué matarse a cocinar?

Nada que ver con su dieta habitual, que durante tantos años había seguido a rajatabla: una de éstas saludables que todos los endocrinos recomiendan pero que resultan más aburridas que una carrera de caracoles.

Por si acaso, tampoco se acercó al espejo; hay cosas que es mejor no ver antes de pasar por la ducha. Una puede llegar a asustarse de sí misma y hay imágenes que es preferible no contemplar.

Abrió los grifos y se metió en la pila sin comprobar antes la temperatura del agua, dispuesta a recuperar cuanto antes su rutina diaria, aquella que nunca debió abandonar... pero, que te pongan de patitas en la calle por haberte desvivido y cuidado, atendiendo y satisfaciendo cualquier deseo de tu jefe no tiene razón de ser; sin embargo, así había sucedido.

No obstante, si algo debía sacar tras todo ese desastre era que nunca más volvería a trabajar con un superior mínimamente atractivo, por lo que su primer objetivo tenía que ser encontrar un trabajo en el que, para empezar, el jefe fuera feo.

Si además sumaba a eso la condición de persona desagradable o la presencia de algún defecto físico evidente —a saber: cojera, miopía galopante, calvicie o similares—, sería perfecto.

Respecto a la edad, no tenía ninguna predilección, pero si el futuro patrón rondaba los sesenta, pues tanto mejor, ya que entonces

la probabilidad de repetir alguno de los errores anteriormente mencionados sería más escasa.

Con las ideas claras, cerró los grifos y se envolvió en una toalla para dar un paso al frente. Se armó de valor y se miró en el espejo; tuvo que desempañarlo con la mano antes de que su reflejo fuera visible.

Parecía un gato escaldado: su melena morena, en otro tiempo tan cuidada y de corte impecable, ahora resultaba una maraña de pelo negro sin orden ni concierto.

Sólo un estilista de prestigio podría dejarla otra vez decente, pero ni de lejos iba a pisar una peluquería; ahora odiaba a las «peluqueras» que se casaban con los jefes a los que una les había dedicado todo su tiempo para después ser desechadas como colillas.

Bien, con un plan en mente, abrió el cajón del tocador y extrajo lo necesario para que su cabello no se asemejara a unas greñas descuidadas.

Con decisión, agarró unas tijeras y, siguiendo ese viejo principio de que una mujer, cuando está deprimida, precisa un cambio radical de *look*, empezó a cortar mechones de cualquier manera hasta parecer una oveja mal esquilada.

Con la cara ahora despejada podía dar el siguiente paso: probarse las gafas sin graduar que se había comprado por Internet y comprobar si su aspecto era el de una mujer práctica, profesional, poco dada a perder el tiempo en maquillajes.

Para completar su disfraz, se extendió fijador por el pelo, aplastándolo, como si de una hospiciiana de otros tiempos se tratara.

—Perfecto —murmuró antes de recoger el baño y dirigirse a su dormitorio.

Allí concluiría la fase de transformación, con un traje sastre, azul marino, de esos adquiridos en una cadena textil de bajo coste, cuyas costuras van por libre y que no sientan bien ni a una modelo de pasarela.

Por suerte disponía de un buen surtido de impecables blusas blancas para rematar el modelito y, como éstas quedan bajo el traje, nadie se fijaría en la calidad.

Empezó a vestirse rápidamente: ropa interior, medias, traje y zapatos negros planos. Todo pensado para pasar desapercibida en su entrevista de trabajo, la única a la que había prestado interés, ya que no tenía nada que ver con su anterior ocupación.

Con su experiencia y currículum, además de una excelente carta de recomendación de su anterior jefe, los despachos de abogados se la rifarían, pero ni borracha volvería a trabajar cerca de un letrado ni nada que se le pareciese.

Nunca más se convertiría en la sierva y esclava de un hombre para después ni siquiera recibir un «gracias» a cambio. Tantos años esforzándose, cuidando hasta el más mínimo detalle, ocupándose además de menesteres que no formaban parte de su competencia, para nada, pues él jamás se dignó a verla como mujer.

Se gastó cantidades ingentes de su sueldo en adecuar su vestuario, en sesiones de peluquería para estar impecable y, por supuesto, siempre lucía un maquillaje perfecto para sentarse tras su mesa y que nadie pudiera ponerle un solo pelo.

Todo había sido en vano.

—Gilipollas —se dijo a sí misma para tener bien presente sus objetivos ahora que, al parecer, había abierto los ojos tras casi cinco años con una venda en los mismos.

La oferta de empleo que estaba considerando, ya que su vecino le había estado dando la tabarra con ello, hablaba de un puesto en una pequeña productora de televisión, un trabajo en el que se tendría que limitar a llevar los asuntos relacionados con la administración y a desempeñar las funciones de secretaria del propietario.

Lo había investigado por Internet; si pasaba la entrevista de cualificación y, por tanto, John Mills se convertía en su jefe, estaría segura de sí misma, pues la posibilidad de encandilarse de un tipo de cincuenta y cinco, casado y sin escándalos a su alrededor quedaba prácticamente descartada.

Comprobó su aspecto frente al espejo de su cuarto y, sí, notó una especie de escalofrío al observar su metamorfosis. Sintió un ápice de arrepentimiento por aquellas pintas con las que iba a afron-

tar su futuro; no obstante, ya no podía poner la marcha atrás, empezando por su indescriptible corte de pelo y la vestimenta, pues su anterior guardarropa estaba en manos de la parroquia, así que ese punto ya no tenía vuelta de hoja.

—Andando —murmuró cogiendo su bolso de mercadillo, un modelo de abuela, muy práctico, de un marrón que a buen seguro no combinaba con nada, aunque sí lo hacía con su nueva personalidad.

En ese instante llamaron a la puerta y con un bufido se acercó a abrirla; no quería llegar tarde y a quien quisiera que fuese lo mandaría a paseo.

—El que faltaba —masculló Helen tras comprobar por la mirilla que Ryan elegía ese preciso instante para visitarla y ejercer de buen vecino.

Entornó la puerta impaciente dispuesta a no tolerar ni una sola tontería.

Él silbó sin una pizca de consideración antes de decir:

—Aún estoy borracho... —adujo mientras negaba con la cabeza. Pensó que el alcohol ingerido la noche anterior todavía no se había diluido de su organismo.

—Son las diez de la mañana —lo informó ella como si nada—. ¿Me acompañas o me presento yo sola? —le preguntó impaciente.

—Cariño, si alguien me ve contigo puede que mi reputación nunca se recupere. ¡Por favor! —Puso cara de asco—. Al final conseguirás que me despidan a mí por recomendarte en la productora.

—No exageres —lo contradujo Helen—. Tú trabajas como guionista, rodeado de frikis, así que déjate de bobadas.

—Sinceramente, si en vez de haberte pasado el día suspirando por un tipo, que hay que reconocer que estaba buenísimo, te lo hubieras follado en la oficina, como hubiese hecho cualquier otra en tu lugar, como cualquier secretaria normal, ahora no estarías en la etapa de conversión a doña adefesio, por lo que no me causarías dolor de cabeza con sólo mirarte.

Helen resopló.

—Olvida los consejos de portera —lo reprendió poniendo los ojos en blanco.

—Ya sé que en esta casa está prohibido mencionarlo, pero, hija mía, es que necesitas un revolcón, y rápido, para olvidarlo; ahora que, con esas pintas... —negó con la cabeza—. ¡Ni pagando!

—¿Te ofreces voluntario? —lo pinchó ella mirándolo por encima de sus gafas. Lo cierto era que Ryan resultaba muy atractivo y no tenía mayores problemas para conseguir compañía femenina o masculina, ya que su amigo no era partidario de hacer distinciones.

—Si con ello logro que vuelvas a vestirme decentemente... —Le guiñó un ojo risueño y seductor, pese a que tenía muy claro que jamás se acostaría con ella: la consideraba una buena amiga y no iba a mandar al carajo esa excelente sintonía por un polvo, y más aún cuando ella se encontraba en ese estado de bajón anímico y de autoestima.

—Bah —murmuró ella dispuesta a no seguir diciendo ni escuchando tonterías—, mejor será que no llegue tarde a mi entrevista laboral.

—Te llevaré en la moto; con el casco puesto al menos no te reconocerá nadie, porque, la verdad, si se te ocurre coger el metro, puedes causar un descarrilamiento.

—Gilipollas —rezongó sonriendo ante las tonterías de Ryan.

Al final accedió a montarse con él, ya que en transporte público acabaría por llegar tarde y eso no causaría muy buena impresión por muy brillante currículum que ella tuviese.

Caminó junto a Ryan por las dependencias de la productora sin decir ni pío, pese a que él saludaba a todos cuantos se cruzaban en su camino, halagando a diestro y siniestro. Helen llegó a la más que evidente conclusión de que él hacía algo más que trabajar allí, pero ella no era nadie para criticarlo.

Ryan la acompañó hasta el despacho principal y llamó suavemente con los nudillos.

—¡Adelante!

Los dos oyeron la orden procedente del interior. Helen inspiró profundamente antes de entrar, quería estar preparada.



—¡Hola, jefe! —exclamó Ryan como si estuviera con alguno de sus colegas en el bar, hecho que la sorprendió.

El hombre levantó la vista y le sonrió.

—Déjate de mariconadas —le respondió cortante pero con cariño.

Ella miró a uno y a otro alternativamente. ¿Qué clase de relación empleado-jefe era ésa?

—Muy bien. Te presento a tu nueva secretaria —mencionó con énfasis—, la mejor que puedas imaginar: lista, trabajadora, eficiente, educada... eso sí, tiene un defecto, sólo uno.

Mills arqueó una ceja y miró a la susodicha; le parecía extraño que alguien como Ryan, tan tiquismiquis con las tonterías de la moda, le presentase a una mujer como la que tenía delante, así que debía tratarse de una pariente pobre o algo por el estilo.

—Al grano —lo instó mientras se recostaba en su sillón. Necesitaba una secretaria que se ocupara de ese caos que era su oficina cuanto antes; si tenía pinta de chica Playboy o de catequista, le traía sin cuidado.

Helen, que conocía la afición de Ryan a dar rodeos, no en vano era guionista, dio un paso al frente y dejó sobre la mesa su currículo para evitar que el payaso que tenía por amigo y vecino dilatase aquella situación.

John Mills cogió la carpeta y la abrió para leer de forma somera los datos en él reflejados; le importaba un pimiento si allí ponía que tenía tres másteres o veinticinco, gilipollas con títulos había a patadas, lo que buscaba era gente con ganas de trabajar, con iniciativa.

—Bradley, déjate de tonterías y dime cuál es su defecto.

—¿No es evidente? —murmuró Ryan señalándola al tiempo que hacía una mueca disculpándose.

Sin embargo, John no prestó atención a sus insinuaciones.

—Me llamo Helen Fisher —se adelantó ella cansada de que la trataran como el convidado de piedra—, he trabajado como secretaria en un reputado bufete de abogados, por lo que estoy cualificada para ocupar el puesto. No soy de las que se quejan por tonterías

ni tampoco amiga de perder el tiempo. No me asusta trabajar duro y estoy convencida de poder cumplir sus exigencias.

Mills se atusó su cuidada perilla canosa mientras evaluaba a la chica. Su actitud resuelta y segura no cuadraba con su pinta de reprimida; sin embargo, su expediente laboral, aparte de inmaculado, era un referente importante. Miró de reojo a Ryan antes de preguntarle:

—Y dime, ¿qué defecto es ése tan relevante que te mueres por contarme?

—¿No salta a la vista? —inquirió éste sonriendo como un tonto, antes de acercarse a la aludida y señalar su atuendo cual estilista horrorizado.

—Al grano... —le instó dispuesto a dejar zanjado el asunto de su nueva secretaria, a ser posible, antes de la hora de comer.

—Ryan, por favor —se quejó ella fulminándolo con la mirada.

—Tiene mal genio y últimamente su gusto a la hora de elegir vestuario deja mucho que desear, como puede comprobarse.

—Sandeces —atajó John poniéndose en pie—; Ryan, vete a tu puesto, que los guiones de «Platos rotos» no se escriben solos.

—Ya estamos acabando los dos primeros de la segunda temporada —apuntó intentando quedarse hasta el final de la entrevista.

—¡Fuera! —ordenó su jefe abriendo la puerta e invitándolo a que se largara de su despacho, porque cuando Ryan se ponía en plan chistoso no había quien lo parase.

—Ya me voy —murmuró fingiendo sentirse ofendido; nada más alejado de la realidad, simplemente disfrutaba pinchando un poco a su jefe y por Helen no estaba preocupado, confiaba en que ella se quedaría con el puesto—. Nadie me agradece mis esfuerzos —masculló cerrando la puerta tras de sí.

—Síntese, por favor —le indicó a Helen—. Seré franco con usted. Yo tampoco soporto las tonterías, a excepción de las del señor Bradley, y sólo porque escribe como nadie. —Sonrió dando a entender que le tenía un gran cariño a ese gamberro—. Debe saber que trabajar aquí supondrá, entre varias cosas, ocuparse de casi todo, aguantar mis cambios de humor, acostumbrarse a las para-

noias y los egos de los actores, acabar tarde... y muchos días ni siquiera tendrá tiempo de ir a la cafetería a comer un triste bocadillo.

A ella no le sorprendía nada de lo que estaba escuchando; a excepción de las paranoias de los actores, todo lo demás le resultaba familiar, así que se limitó a dejarlo terminar.

—Responderá única y exclusivamente ante mí; eso sí, le tocará batallar con toda esta jaula de grillos que es la productora y tendrá que aprender a mandarlos a todos a paseo para que no me molesten, a no ser que sea estrictamente necesario que los atienda.

—Puedo hacerlo.

John miró a la chica y arqueó una ceja; no sabía dónde se estaba metiendo, hasta él mismo algunos días pensaba en mandarlo todo a paseo y retirarse junto a su mujer a vivir tranquilamente; sin embargo, no era amigo de permanecer mucho tiempo ocioso y por ello continuaba al frente de la productora y de la serie que le estaba dando sus mayores alegrías en ese instante, «Platos rotos».

—Muy bien, contratada. —Le tendió la mano—. Empieza ahora mismo.

—Perfecto —aceptó ella estrechándosele.